

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares 1'00 ptas
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00
 " Extranjero 1'50

LA VIDA TRAGICA

La humanidad tiende a la perfección, y en su lucha por alcanzarla se originan sangrientos choques, trágicos sucesos que dejan tras sí larga estela de sangre, de víctimas inmoladas a la odiosa tiranía.

La lucha sin tregua dura y perdura a través de los siglos y perdurará mientras todos los seres no sean iguales en deberes y en derechos, mientras todos los habitantes de la Tierra no tengan asegurada por igual su libertad política y económica.

La gran tragedia no ha terminado todavía; largos años de esfuerzos y cruentos sacrificios nos restan.

Los siervos lucharon contra sus señores; la actual burguesía contra la monarquía absolutista, la aristocracia de la sangre y el clero.

Vencedora y dividida en banderías, los moderados lucharon contra los absolutistas, los liberales contra los moderados, los progresistas contra los liberales, contra los progresistas los demócratas y contra todos ellos los republicanos y éstos han luchado entre sí por diferencias fundamentales en el modo de concebir la República.

Todos ellos han sido tiranizados primero y tiranos después; fueron perseguidos cruelmente en la oposición y persiguieron a su vez cuando ocuparon el poder.

En todos los campos y escuelas políticas, han habido invictos mártires que antes de conquistar el poder se sacrificaron noble y desinteresadamente por la libertad, y abyectos y desprezables liberticidas que después de alcanzar el poder han sacrificado vidas humanas para imponer la tiranía.

La autoridad y el poder son la negación y la antítesis de la libertad y el progreso.

Las vidas trágicas de los Padilla, Maldonado, Bravo, luchando por las comunidades de Castilla contra el centralismo imperialista de Carlos V; de Lanuza, justicia de Aragón, pereciendo por defender los fueros y libertades de la región aragonesa contra el absolutismo de Felipe II; las del Empecinado, Lacy, Torrijos, Riego, María de Molina y tantos otros, sacrificados bajo el poder absolutista de Fernando VII, Calomarde y Conde de España, facilitaron a la burguesía liberal entronizarse en el poder, la que una vez en él, persiguió, encarceló y fusiló.

La ola sangrienta, obra de la autoridad, del esbirro y del verdugo, llega hasta nosotros.

Ya no es la burguesía la tiranizada y perseguida; son los obreros los tiranizados, los perseguidos por la burguesía.

El castillo de Montjuich, con recuerdos de horrible pesadilla, trae a la memoria las trágicas figuras de los mártires de la anarquía sacrificados en su tétrico recinto.

La Andalucía de campos exuberantes y sol embriagador, recuerda con espasmos de trágico terror el día en que los jerezanos vieron subir al patí-

bulo a Zarzuela, Lamela y Busiqui, por el crimen de ser anarquistas.

Alcalá del Valle, pequeño pueblo, de fama universal por lo mismo que el castillo de Montjuich, evoca la noble figura de Mulero, sucumbiendo trágicamente en el penal de San Miguel de los Reyes, en Valencia, consumido por la nostalgia de la libertad, mordido por la terrible tisis.

¡Cullera! Los sangrientos sucesos de septiembre 1911 hicieron célebre su obscuro nombre, pronunciado con ira en todas las naciones civilizadas, conocedoras de la trágica historia de las riberas del Júcar.

Los campesinos españoles, nervudos, fuertes, rudos, pero nobles de alma y sanos de cuerpo, han demostrado a los compañeros de las ciudades que sienten la solidaridad intensamente y la practican, sin floreos retóricos, pero sí con ruda energía, y chocando con el salvaje caciquismo rural, dueño de vidas y haciendas en los campos españoles, cayeron.

Largos años de terrible e insondable angustia esperaron los campesinos de Alcalá del Valle, a que la solidaridad de los obreros les sacara de la prisión en que les había encerrado el odio cerril del caciquismo montarras.

¿Cuántos habrán de esperar los labradores de Cullera?

La esperanza no alumbró sus angustiados espíritus; sus manos, crispadas, se rinden de fatiga de tanto alargarlas pidiendo justicia, clamando solidaridad, la solidaridad que ellos prestaron y que por prestarla perdieron su libertad.

Sus ojos se agitan febrilmente en sus órbitas y sus miradas indecisas denotan la locura del desespero, la trágica visión de dolorosa impotencia.

El escalofrío de pánico terror que se apoderó durante los sucesos de un gobierno poco seguro de sí mismo, produjo, pasado el peligro, un loco deseo de venganza; el caciquismo no tuvo más que pedir para que todo se le concediera.

La ley del Tallón regó de lágrimas aquellos alegres pueblecillos; gran número de familias quedaron anonadadas, destruidas.

La vida de los compañeros presos por los sucesos de Cullera es horrible; su existencia una tragedia.

La valiente campaña que el indomable compañero Marcelino Suárez sostiene en la prensa obrera, ha sacado a luz los horrores de las cárceles españolas.

Los compañeros residentes en el extranjero han empezado otra en pro de los encarcelados por los sucesos de Cullera y cuestiones político-sociales.

¡En pie todos! Por la libertad de los presos de Cullera, por la de todos los presos por cuestiones político-sociales, por la abolición de los salvajes procedimientos carcelarios. ¡Arriba todos!

¡Trabajemos por derrocar la obra de los pequeños, de los viles, de los rencorosos y vengativos!

Legalistas e ilegalistas

Tienen algunas palabras la extraordinaria cualidad de dar aspecto nuevo a cosas, sistemas o conceptos antiguos, de crear divergencias y aun partidismos y hasta de servir de fundamento a nuevas teorías.

Tal ha sucedido con el vocablo sindicato, que en vez de ser un simple sinónimo de sociedad de resistencia, ha dado margen al sindicalismo, que no es precisamente el gremialismo, ni el socialismo, ni el anarquismo, aun cuando tiene algo de los tres en extraña y sorprendente amalgama, y del cual aun no se ha dicho la última palabra porque su evolución, integración y desintegración no ha terminado todavía. Llegará pronto, sin embargo, el momento en que el sindicalismo adquiriera forma definitiva, completa, característica y sabremos todos de un modo terminante lo que quiere decir, lo que encierra esa palabra, debiendo en consecuencia abandonarla los que hoy, para distinguirse de otros sindicalistas, tienen que agregar un calificativo a su sindicalismo, tal cual los socialistas antiautoritarios tuvieron que prescindir del nombre de socialistas que en un principio designaba a parlamentarios y anarquistas, para quedarse finalmente con esta última designación.

Ahora se presenta en el mundo anár-

quico otro espécimen semejante a enunciado más arriba. Los términos "legalistas" e "ilegalistas" sirven para distinguir una diferencia de conducta dentro del anarquismo.

Y es curioso se haya recurrido, y más curioso aun que hayan tenido resonancia, a unos vocablos tan poco apropiados, tan inadecuados para caracterizar modalidades anarquistas. Con todo y ser así, alrededor de una de ellas —ilegalista— se va formando un sistema nuevo, algo que siendo antagónico en conducta, promete serlo en todo del anarquismo, dentro del cual se ha engendrado.

El anarquismo es por esencia ilegal, desde que es antitético con la legislación, con toda legislación, y subversivo en cuanto se trata de cambiar las bases de la sociedad presente de una manera violenta, por medio de la revolución.

Parece, por tanto, pueril ese calificativo de "ilegalistas" que se aplican determinados anarquistas, y más que pueril ridículo y contradictorio, el de "legalistas" adosado a los que no aprueban la conducta de los incluídos en la primer denominación.

Al correr del tiempo, los ilegalistas perderán el primitivo nombre de anarquistas, como los anarquistas perdieron el de socialistas y como hasta los individualistas dejaron en desuso el de anarquistas.

Una necesidad de simplificación hará

que el ilegalismo sirva para distinguir a los ilegalistas, como ocurre hoy con socialistas, sindicalistas, anarquistas e individualistas. Así el movimiento social de la época se va pareciendo a las innumerables sectas del protestantismo nacido con Lutero y dividido hoy en tantas iglesias y capillitas como versículos tiene la Biblia.

El ilegalismo no se concretará seguramente a una línea de conducta. A su alrededor se irán agrupando tópicos diversos, hasta constituir todo un sistema, una teoría nueva.

Es fatal esta diversificación, este modo de ramificarse de las doctrinas madres. Y no es inconveniente, aunque así le parezca al observador superficial.

Porque es necesario que a la enorme multitud ayuna de ideas llegue el anhelo de renovación para que encarne en ella y sea posible, no sólo el esfuerzo que requiere el derrumbamiento del organismo social presente, sino la instauración del nuevo sistema de vida colectiva.

Para otra forma social se hace en efecto indispensable un estado de conciencia popular a ella favorable, y que exista con mayor o menor prolijidad una idea general de esa nueva forma social. Al logro de esto tienden los esfuerzos de los propagandistas de las diversas tendencias sociales o particularismos, en los cuales existe de común la raigambre del origen, coincidiendo así en lo principal, que en el momento presente es la crítica a la forma social que rige.

Esas múltiples voces de los descontentos, de los no conformistas, hacen, aun en sus divergencias, labor de desmoronamiento, labor que es la más útil y necesaria en la actualidad.

Y aun es más conveniente que no perjudicial ese fraccionamiento, porque la unilateralidad es contraria a la diversidad de temperamentos e inteligencias que en la multitud existen, y no todos, ni mucho menos, pueden concebir las grandes síntesis. En general, se comprende el detalle y entre los detalles hay siempre alguno que se sobrepone a los demás y se hace particularmente grato, del mismo modo que hay también detalles que hacen rechazar una idea en conjunto a ciertas idiosincrasias rehacias a ellos.

Así el ilegalismo, la conducta ilegal, la práctica del robo y del asesinato, repugnan de tal manera a la mayoría de los seres, que al involucrarla dentro del anarquismo como parte integrante de él, antes resta a éste simpatías y partidarios que los aumenta. Y en cambio, gentes a quienes les son simpáticas esas acciones, no llegan al anarquismo por esa animadversión casi general de los anarquistas a practicarlas.

Es, pues, útil que la vieja contienda entre los moralistas y amoraes del anarquismo haya llegado a resolverse produciendo ese formal rompimiento que se singulariza con los calificativos de legalistas e ilegalistas, no muy adecuados sin duda, pero que al fin vendrán a significar de manera inconfundible lo que con ellos se quiere explicar. Que así son las palabras, símbolos sonoros tras los cuales vemos lo que queremos se vea, aun cuando en otras épocas hayamos visto con ellos distintas representaciones.

Va de esta manera extendiéndose e intensificándose la labor revolucionaria, constituyendo modalidades que responden a los caracteres más opuestos y especializándose de conveniente manera.

En tanto que por el sindicalismo llega el obrero a la animadversión al capitalismo, por el antimilitarismo se amortigua o desaparece el sentimiento de patria, por el anarquismo se robustece la idea prima de libertad y por el ilegalismo las prácticas revolucionarias pueden tomar incremento.

Porque, en resumidas cuentas y a pesar de los distinguos de hoy y de ayer, la amoralidad de los ilegalistas es común a todas las fracciones sociales, incluso los mismos socialistas, en cuanto éstos niegan el derecho de propiedad y sostienen la necesidad de expropiar a los individuos para pasar sus bienes al Estado. No importa que quieran hacerlo por medio de la ley y mediante la presión legal de la milicia ciudadana; siempre esa expropiación será un acto de violencia semejante a los de Bonnot y Garnier, porque los hechos son en sí mismos lo que son, independientemente de la forma con que se quieran revestir, de las fórmulas de que se rodeen. Y si es injustificable la expropiación realizada por un ilegalista, tampoco puede justificarse la hecha por el Estado socialista. O la propiedad es inviolable o no lo es. O es

sagrada o no lo es. Y en consecuencia si la propiedad es un abuso, es una usurpación, un estado de violencia, toda expropiación, se rodee con el aparato de la ley o se haga entre las sombras de la noche tiene el mismo valor moral, sin que baste a diferenciarlas el que una se realice en beneficio de uno o pocos individuos y la otra en el de muchos, ya que tampoco la cantidad es causal suficiente para alterar la calidad.

Es un tanto fantástica la moralidad de que blasonan los antilegalistas, puesto que aun sin recurrir a actos del futuro, a la expropiación, por "decreto", de los socialistas, o a la revolucionaria de los anarquistas, tenemos a diario ejemplos de ilegalismo en los elementos que por lo común más adversarios se manifiestan de los ilegalistas. Es, efectivamente, en los sindicatos en donde el odio al ilegal se ha desarrollado de más intensa manera, y es en los sindicatos en donde la ilegalidad se practica más asiduamente. No revela una moral muy estrecha por cierto el sabotaje, ni indica mucho respeto a la vida humana el ataque al rompehuelgas, ataque que a menudo causa muertes.

Y es seguro que ni los terroristas, ni los ilegalistas, han arrancado tantas vidas ni causado tantas depreciaciones a los propietarios como los sindicalistas.

Todo lo cual no obsta para que sea bueno que se clasifiquen y rotulen cada uno por su lado, a fin de que las gentes, las buenas gentes que no estudian ni piensan, no tomen la parte por el todo y sigan creyendo que Anarquía es sinónimo de "punga" o de "bomba".

Y aunque en el fondo no haya esenciales diferencias en el modo de ser de un modesto huelguista, miembro o no de su correspondiente sindicato, y un expropiador que proclama al mismo tiempo ideas de transformación social, es bueno que cada especialidad use nombre distinto.

Eso viste mucho, y ya se sabe que las apariencias son las únicas realidades... para la generalidad. Quédense, pues, los ilegalistas con el sambenito de delincuentes; hónrense los sindicalistas con el título de conscientes trabajadores; llámense los socialistas hombres políticos, estadistas en incubación, y consolémonos los anarquistas con el dictado de filósofos, que es el que más nos cuadra, ya que vamos perdiendo el poco agradable de terroristas y expropiadores.

Todo ello, aunque alguien repita la frase de Galileo.

EDUARDO G. GILIMÓN

Clausura de "La Protesta"

Ni las llamas de un incendio, ni la pluma de un juez, ni los sables del cosaco, ni las disposiciones de un Parlamento, son bastantes para matar en el corazón del pueblo las ansias libertarias y el odio que siente hacia las castas privilegiadas.

Sépanlo los incendiarios del Centenario, los tejedores de procesos inicuos de todos los tiempos, los cosacos y el Parlamento argentino; repasen siquiera una vez la historia del proletariado moderno y se convencerán de ello.

Se ha querido, otra vez, matar la flor anárquica que brota en el pueblo de Buenos Aires y para conseguirlo han clausurado *La Protesta*. ¡Inocentes!

Tomando por base un artículo que recordaba la muerte de Falcon, y que dijeron contenía ataques a no se que puntal de esta sociedad decrepita, pe-

netraron el día 15 del corriente en el local que ocupaban los talleres, redacción y administración de *La Protesta* y han llevado presos a todos los que en él se encontraban. ¡Infames!

En esta manera de proceder, infame y despreciable, están prácticos todos los que viven a costas del obrero productor, y no es de extrañar que hayan secundado a las autoridades de la provincia de Buenos Aires, en su actitud canallesca y brutal, cuando las últimas huelgas habidas en esta provincia, pues han pasado por alto los más elementales derechos, como son los de reunión y libertad de imprenta, que están legalizados por la Constitución argentina.

Y si un día una conciencia indignada (otro Radowishy) venga tantas iniquidades en la persona del causante (otro Falcon), las clases conservadoras se levantan furiosas y piden la extirpación del anarquismo, como único medio, para suprimir los justos arrebatos de las conciencias sensibles al dolor proletario, sin querer entender que las causas están muy hondas y para estirparlas habría que remover toda la podredumbre social y dejar al descubierto todos los defectos de que adolece la sociedad.

Mientras haya holgazanes que vivan y gocen a costa del trabajo ajeno, mientras haya gobernantes y gobernados, mientras haya jóvenes que tengan que vender su cuerpo para atender a sus necesidades, mientras existan los compradores de conciencias, mientras exista, en fin, una casta que extruje y vilipendie a otra casta, mientras exista todo eso, señores gobernantes, magistrados, policías, burgueses, habrá necesariamente anarquistas.

No quisiera que mi pluma se ensuciase por vez primera en la calumnia; pero creo estar libre de eso, al asegurar que los socialistas argentinos no son ajenos por completo a lo que pasa, no son ajenos a la serie de atropellos que contra los obreros todos en general y contra los anarquistas en particular, viene cometiendo la policía argentina. Se ha visto a los socialistas hacerse solidarios de la conducta infame de la policía de la provincia de Buenos Aires, no secundando la protesta airada de unos cuantos miles de corazones indignados. Se ha visto en una manifestación socialista, prender, por orden de estos, a treinta y tantos anarquistas que intentaban contestar a los insultos que se les dirigían, pidiendo les fuese concedido el uso de la tribuna. Unos siguen deportados; otros siguen presos.

Y si tales antecedentes (que tenemos de los falsos defensores del obrero) los unimos a las insidias que el órgano del partido, *La Vanguardia*, publica en su número de ayer, no tenemos más remedio que rendirnos a la evidencia y creer que les ha sido asignado un papel para representar en la farsa de la clausura de *La Protesta* y que lo desempeñaron a las mil maravillas.

Pero que no se acuesten sobre los laureles de esta vergonzosa victoria todos los que en ella tomaron parte, porque aun no ha muerto la conciencia anarquista aquí en la Argentina, y como han hecho siempre, vendrán otros compañeros a cubrir los claros dejados por las víctimas de hoy, y entonces saldrá otra vez *La Protesta*, diario o semanal, pero con más odio, con más fuerza, con más ansias libertarias, si es posible, para acabar con todos los vampiros que nos explotan y con todos los dioses que pretenden anularnos.

SERVIO PUENTE

Buenos Aires, 17 noviembre, 1913.

SE HA PUESTO A LA VENTA

EL

Almanaque de Tierra y Libertad

Precio UNA peseta